

La imagen así configurada designa una tecnología sofisticada de la conciencia y, dicho sea de paso, una tecnología sofisticada de la estructura de la visión, de su fisiología misma, considerada ésta aun en sus aspectos más superficiales. Una observación sobre esta microfísica a la que el ojo se entrega, nos servirá para poner en evidencia esto, pues el hombre se distingue de muchos animales precisamente por la existencia de un fragma que le permite el cerrarse al mundo, o por mejor decir: el abrirse hacia su teatro interior, esté o no lleno de letras.

Ya Aristóteles coincidía en esta importancia simbólica que alcanza este epitelio, que puede cerrar el camino al rayo visual, encaminándolo hacia una ignota interioridad, cuando escribía en su *De anima* que el hombre es ese animal con párpado, especie de élitro o membrana tegumentaria (*phragma*) que sirve para proteger al ojo, pero sobre todo que permite, a intervalos, encerrarse en la noche del pensamiento interior y del sueño. El hombre, en definitiva, es ese animal que puede bajar el *phragma*, es decir, limitar y aun suprimir a libertad la vista exterior para mejor recordar, aprender y someterse así al régimen de sus visiones.

Sin fragma, sin poderse refugiar en las tinieblas de un cerebro concebido como depósito o sede, no existen, es claro, las bibliotecas imaginarias.

Pero las bibliotecas imaginarias no son tampoco posibles sin el concurso de la memoria. Pues la biblioteca imaginaria se escribe e inscribe en ese vasto espacio inmaterial. Yo en esto de la memoria no reconozco una observación más sensible y abierta a la verdad que la que en su día hizo el humanista Juan de Aranda en sus *Lugares comunes de conceptos*, cuando escribía: «la memoria es un escribiente que vive y trabaja dentro del hombre». Se reconocerá la precisión de esta definición, cuando de bibliotecas imaginarias se trata. Las bibliotecas imaginarias son siempre las bibliotecas mnemotécnicas, las que han sobrevivido preservadas en una estructura de recuerdo, que ha sido configurada en numerosas ocasiones al modo de un edificio del que habla un retórico del XVI, Hebrera y Esmir, cuando desarrolla una topología fantasmática de este lugar de los libros, en donde nos dice que para guardar las memorias del saber es preciso construir mentalmente un palacio en el cual abramos habitaciones y espacios para meter en ellas las selecciones en que se descompone nuestra ciencia; dominios especializados para la jurisprudencia, para la teología, para la historia natural y la mitología... De nuevo el interior como *sede*, campo o extensión infinita donde albergar el vasto trabajo humano de la fantasía.

Deseo recordar explícitamente para lo que luego se habrá de ver, que la biblioteca imaginaria es el producto mismo de los procesos de educación humanista, está basada en el prestigio todopoderoso que la memorización y la creencia en una articulación topológica de la fantasía —el *aula ingenti*

memoriae— alcanzó en el paso de las culturas orales a las culturas escritas. El más brillante ejemplo que tenemos en nuestra tradición de libro mental —de libro escrito *en la mente*— es el *Cántico espiritual* que San Juan de la Cruz tuvo que escribir en prisión, y ello sin pluma ni papel, *inscrita* sólo en su poderoso imaginario. Imaginario, por cierto, construido pacientemente en las sesiones de lógica, retórica y mnemotecnia que recibió en la universidad de Salamanca.

En las formas en que hoy la conocemos o aludimos a ella, la biblioteca imaginaria es producto de la imprenta, pues la imprenta extendió las tecnologías, los modos de interacción con la letra, los ofreció en el seno de procesos de masificación que hoy culminan aquí entre nosotros, todos con celebrantes del mismo ritual sacralizador, todos dotados ya de nuestras propias, personales bibliotecas imaginarias, dotados de un pensamiento que adopta la disposición de un libro, del mismo modo como nuestros modos de imaginación plástica adoptan las virtualidades técnicas inventadas para la reproducción de la imagen, en la fotografía y el cinematógrafo. El proyecto racionalizador llega en esta figura del «libro mental» (o de la mente convertida finalmente en una suerte de biblioteca) al cumplimiento último de su utopía.

Y de ello se nos pide que hablemos en esta mesa.

La biblioteca imaginaria es la culminación del poder de la palabra escrita, su expresión como hemos dicho más completa y acabada en nosotros, los alfabetizados, los que tal vez tengamos por alma un pergamino, aquellos a los que Juvenal en su *Sátira* se refiere como a quienes les gusta «empalidecer con nocturnos libros».

En todo caso, el caso supone el triunfo de un modo de entender el mundo; pero mucho más esta construcción revela un modo peculiar de oponerse a las sollicitaciones de la realidad; se trata de una defensa de los *spiritualia*, mediante el rechazo expreso de los *realia* y *corporalia*, y quiero reseñar que este modo configure tal vez su versión más positiva, pues en realidad la biblioteca imaginaria significa sin romanticismos la penetración, la violación que una cierta representación del mundo ejerce en nosotros.

No quisiera ponerme dramático, desde luego, pero hemos de pensar que esta biblioteca imaginaria es la culminación y la expresión misma de un sueño enciclopedista del que ya Fausto despertó hace siglos.

No es desde luego la acumulación de los libros —y aquí empieza mi argumento fuerte, mi antibiblioteca imaginaria o, mucho menos, real—; no es su penetración intelectual, su recuerdo constante, su pertenencia en calidad de fantasma o como folio envejecido en el fondo de los anaqueles, lo que es susceptible de suministrar la felicidad, el conocimiento, la sabiduría, el dominio simbólico del mundo.

Si ciertos autores, queridos naturalmente por nosotros, han podido pensar el paraíso bajo la forma de una biblioteca, no podemos ocultarnos por más tiempo que otros han sido el infierno mismo el que han descrito, figurado, al modo ominoso de un almacén interminable de libros.

Un discurso admonitorio de Baños de Velasco dirigido al rey coleccionista y bibliógrafo que fue Felipe II, le advertía prudentemente sobre la necesidad que tiene el príncipe de estrechar sus librerías a sólo un puñado de escasos autores. La cordura de un rey dependía entonces de ello. ¿Y de qué puede hoy depender la nuestra?

Como se va viendo o, en todo caso, como se puede comenzar a sospechar, la vastedad del espacio librario, la bibliolatría, el culto hiperdúlico que el libro recibe, no siempre y no necesariamente ha constituido un ideal. Una escucha atenta nos persuadirá de que el *biblioclasmo* (o cansancio y decepción que la cultura escrita produce en nosotros) forma parte constitutiva —es en realidad, el último eslabón— en la formación del leal hombre de saber.

La verdad de este pensamiento que aspira a desalojar de sí el reinado de la letra, resuena aquí y allá en el interior mismo de las obras que por paradoja pura más lo avalan y contribuyen a su cierta perpetuación. Al biblioclasmo se llega en todo caso por lectura difractada, por signos imprecisos, por estrategias melancólicas que son el envés estricto de lo que nos encanta; oxímoron que pone pesar en el placer; amanecer de una post-escena ya sin libro, a la que pese a todo el propio libro nos ha conducido.

Y en ese terreno de la apertura hacia una verdad biblioclástica, ¿cómo no advertir un matiz de nostalgia en Baltasar Gracián cuando dice en *El Criticón* que «media vida es candela» o, si se desea una formulación más desiderativa, más explícita, ¿qué sentido —sino ese mismo que postulamos— conceder al lema que Boschius acuña para el emblema DLVII de su *Symbolographia*, aquel que nos desea:

«MENOS LUZ, [pero] MÁS VIDA.»

Temor a la candela; decepción de la luz, que puede terminar siendo el cuarto jinete que trae un apocalipsis personal:

La espada, el oro, la copa y la candela
por diversos caminos dan la muerte.

Los filósofos escépticos españoles, tal que Francisco Sánchez, reflexionarán amargamente sobre la inanidad de lo que supone una vida centrada en el estudio, en la lectura:

«Así pues —escribe aquél en su *Que nada se sabe*— si un joven quiere saber algo, es preciso que estudie permanentemente, que lea todo lo que se ha dicho y lo confronte con las cosas mediante el experimento hasta

el final de su vida. ¿Hay algo más mísero que este género de vida? ¿Algo más infeliz? Pero, ¿por qué he dicho “género de vida”? Más bien es un género de muerte.»

Pero es que también la misma decepción del tipo de saber con que los libros nos seducen y nos gastan, contribuye a la creación de un argumento teórico presente en una cierta tradición que, soterrada, ocupa el espacio entero de la historia. Habremos de considerar, para ese caso, que lo buscado y pretendido, los objetos de deseo, están siempre fuera de la propia escena de representación, y a los efectos esto es un libro; un efecto de representación, un *escenario*. Si un libro habla de un arroyo y de una hoja, ni la hoja ni el arroyo estarán nunca en sus letras evocadoras. El referente, como nos han dicho los semiólogos, está ausente por completo del lenguaje que aparece cerrado sobre sí mismo y sin conexión alguna con las cosas del mundo.

Las letras —o al menos su metonimia: las negras tintas— lo que designan es el trabajo de la melancolía, el duelo y la vigilia del mundo. No hay representación virtual de la *atra bilis*, de la negra tinta de la melancolía, en donde el tintero y la pluma de cañón gastado por el uso no se encuentre arrojada en los suelos. El mismo ángel de la melancolía de Durero parece haber llevado a cabo esa operación transustanciadora de la que Starobinski nos dirá que toda su alquimia consiste en convertir el agua de la esperanza en tinta de estudio. Escribir —leer— es formar sobre la página en blanco los signos visibles de una esperanza oscurecida; es acuñar ausencia de porvenir; es transformar, finalmente, la imposibilidad de vivir en posibilidad de decir.

¿En esas condiciones de verdad, puede extrañarnos que la figura máxima del culto al libro pueda empezar a ser su negación misma?

Negación, en efecto —o si lo queréis en palabras de antiguo fulgor: biblioclasmo—, que lleva a Fausto a acordarse y suspirar por los ratos no empleados en los prados, cuando por loca paradoja y ceguedad se preguntaba en los libros por la realidad natural de esos mismos prados; suspirar también por una visión directa de la luna, cuando ya era incapaz de verla con sus gastados ojos, en el escondrijo tenebroso de su estudio, perdón, de su biblioteca, tan real como imaginaria;

«¡Ah! —exclamaba entonces, dirigiéndose a ella, a la luna real— ¡Ah! si a tu dulce claridad pudiera al menos vagar por las alturas montañosas o cernerme con los espíritus en derredor de las grutas del monte, moverme en las praderas a los rayos de tu pálida luz, y libre de toda densa humareda del saber, bañarme sano en tu rocío!»

«Lejos de toda densa humareda del saber...». Lejos, pues, de los libros, liberado entonces de las bibliotecas, ajeno y renacido para un mundo sin